

## PRIMERA PARTE

1

Nací el 18 de octubre de 1902. En una tarde de viento, según me contaba mi madre. «Naciste, idiota, en una tarde de viento», me decía, y me revolvía el cabello como se revuelve el cabello a los niños tontos. Yo, en realidad, no he sido tonto nunca, sólo me lo hice hasta cumplir los veinte. Sin ningún plan concreto.

Mi nombre es Jaime Fanjul Andueza, hijo de Ramón Fanjul y de Conchita Andueza. Nací en Salamanca recién estrenado el reinado de Carlos VII, en el período de transición consensuada entre la IV y la V repúblicas. Siempre me pareció civilizada la costumbre, tan española, de alternar república y monarquía de forma apacible: treinta años para cada régimen, para evitar la queja. O para concentrarla.

En aquellos años Salamanca aún no tenía mar, aunque muchos empezaban a pasearse en bañador, incluso en lo más crudo del invierno, para invocarlo; y aunque no era costumbre airear la opinión delante de nadie, las tertulias abundaban en los cafés («Las tertulias, idiota, abundaban en los cafés», me contaba mi madre).

Empezaban a abandonarse los susurros de la IV república, impuestos sin respuesta por Augusto Sanfuentes, presidente adusto hasta lo espartano (se decía de él que no comía sin dos razones de peso), quien consideraba que el pueblo lo escucharía mejor desde el silencio. «¡Chusma inconsciente!», gritaba en los discursos llevándose un dedo a la boca, mientras la multitud, complacida, aplaudía tan bajito como podía.

Me contaba mi madre que nunca fue capaz de quererme, aunque eso no le impidió proveerme de alimento, pues una madre es una madre y no debe confundirse una cosa con la otra. Nunca me puso, según recuerdo, la mano encima. Salvo una vez o dos. Siempre me sentí atendido. Nunca me llamó por mi nombre. Por no cogerme cariño, decía.

Mi madre fumaba mucho, pero a veces no. Le iban y venían las ganas. Fumaba unos cigarrillos muy finos que ella creía que olían a menta. Yo la llamaba madre con un respeto profundo que conservé durante mucho tiempo, pero nunca conseguí que se girara si no le silbaba con fuerza. (En mi actual senectud sigo sin poder parar un taxi sin acordarme de ella).

Fui un niño alborotador. Valiente hasta lo temerario, aunque pude demostrarlo pocas veces porque apenas me dejaban salir de casa. Mi padre tenía un negocio próspero del que yo me avergonzaba: una mercería de dos plantas frente al mercado central a la que las señoras de Salamanca acudían a comprar ropa interior. A veces pasaba, aburridísimo, horas y horas en la tienda. Como nadie recela de un niño aburrido, el cuerpo de la mujer dejó enseguida de tener secretos para mí, quedé hastiado antes de tiempo. Al cumplir los ocho le exigí a mi padre que, en cuanto se jubilara, vendiera el negocio, o que tuviera, si no, más hijos: yo no me haría cargo de él. Con rostro neutro (pocas veces le vi manifestar emoción ninguna) me cruzó la cara de un sopapo, un bofetón seco.

Me detuve un instante para escuchar bien el pitido agudo y plano que me llenaba el cerebro. Nunca había oído nada así, estaba como hechizado. Como mi padre comenzara a reconvenirme, levanté la palma de la mano para que callara. Comprendió por mi expresión que vivía un momento singular, así que se retiró respetuoso y ordenó a los empleados que no me molestaran.

Por veinte minutos –quizá fueron más– me quedé quieto en medio de la tienda oyendo cómo el pitido crecía y decrecía, mientras hacía, curioso, todo tipo de experimentos. Me tapaba una oreja y luego la contraria, alterando del pitido su tono y frecuencia. Probaba, pulsando el cartilago del trago, ritmos sincopados; luego, simples y repetitivos. Me tapaba ambos oídos sin reducir el volumen del zumbido, intrigado por un origen que sólo podía hallarse en el centro de mí mismo; inclinaba la cabeza y el sonido, como una canica, rodaba al lado contrario hasta que alcanzaba el otro extremo, yendo y viniendo, yendo y viniendo. Y se estabilizaba de nuevo. Por fin el silbido se apagó. Con gran tristeza, fui recuperando el movimiento.

Una fila de señoras que, al ver obstruido el paso, se había formado frente a mí se dirigió a los mostradores como si nada, les parecía de lo más normal que dentro de mi cabeza se hubiera parado el tiempo. (La gente sentía entonces por los demás gran respeto). Me costó encontrar a mi padre, quien, solícito y profesional, atendía a una dama en la sección de camisones. Le pateé con fuerza la espinilla y me despedí de él por el resto del día.

Nunca volví a cruzar la entrada de la mercería, a pesar de la insistencia de mis padres. A veces mi madre me arrastraba calle abajo y acabábamos los dos en el suelo, revueltos en una nube de polvo. Mi madre jamás me entendió, sólo la ausencia de expectativas le evitó la decepción. Mi padre acabó por hacerme caso con lo de tener más hijos, así que, pocos meses después, llegaba un hermanito nuevo.

Guardo pocos recuerdos de mis primeros años. Una mariquita recorriéndome los dedos que aplasté antes de que echara a volar. Una jofaina desportillada en la cocina que nunca usó nadie. El botón de un abrigo negro en un cenicero de alpaca. La entrada embarrada de la iglesia cuando llovía, y las beatas saltando los charcos. Un niño de clase, Luisín, que, cuando le preguntaban la lección, respondía: «Si me la sé, ¿puedo cantar un poquito?». Recuerdo a mi padre leyendo el periódico con una pipa apagada en la boca. Recuerdo a la criada de pelo castaño que me ayudaba a vestirme cada mañana sin acercarse a mí, señalando sólo la prenda que me tocaba ponerme. Recuerdo un piano lejano: escalas repetidas y repetidas, y repetidas (más tarde aprendería yo a hacer lo mismo). Recuerdo una lluvia de ceniza que duró diez días y que nadie supo nunca de dónde venía. Recuerdo una lámpara de cristal verde que no me dejaban tocar, pero que tocaba. Recuerdo un libro pequeño con grabados de leones. Recuerdo haberme hecho el dormido cuando mi madre entraba en el cuarto (y cómo me miraba, y cómo acababa yo riendo, y cómo, al abrir los ojos, veía que ella ya no estaba). Recuerdo un recorte de luz en la pared con forma de mesa, el mismo cada noche. Recuerdo un frío intenso, seco, vivificante.

Recuerdo el aburrimiento infinito cuando me encerraban en casa, que nunca me dio nada a cambio: lejos de estimular la imaginación, la anulaba; quedaba en mí sólo el deseo de salir de allí, como quedaron los intentos de hacerlo de mil y una formas equivocadas.

Una vez tuvieron que rescatarme del balcón porque quedé colgado por fuera al intentar marcharme. Como he dicho, era temerario.

Recuerdo el olor a chocolate caliente los domingos por la mañana. Recuerdo el asco que me producía. Recuerdo a mis padres obligándome a beberlo, mi padre sujetándome los brazos, tapándome la nariz, mi madre vertiéndome el engrudo en la garganta como si fuera un pavo, convencida de sus propiedades mágicas: «El oro de los reyes», decía. Por motivos que nunca detalló, creía que el chocolate me sacaría el diablo del cuerpo. Mi madre leía el tarot a los vecinos y nos aseguraba que de noche se desdoblaba.

En mi casa siempre hubo un rincón para la ciencia y otro para la magia. Y un rincón para la fe, que mi padre consideraba el puente entre ambas. En el cuarto rincón estaba la jofaina.

Una tarde en que mi hermano no se caía, le puse la zancadilla yo. Se dejó las rodillas en el suelo y me ofrecí a curárselas. Benito, que creía que todo era por su bien, se tragaba las lágrimas. Sonreía agradecido. Su sonrisa me atravesó el alma: lo abracé con fuerza y le juré que no volvería a hacerle daño.

Ahora que Benito tenía cuatro años, reconocía en él síntomas de humanidad y dejé de considerarlo una cobaya. Le limpié las heridas en casa, le apliqué yodo, le soplé con seriedad las rodillas mientras él me observaba en silencio. Le miré a los ojos. Asentí. Llevado por una extraña intuición, le revelé un secreto. El secreto lo he olvidado, pero en su mirada vi que él lo guardaría por siempre.

Por la noche tuve un sueño. Estaba con mi hermano en el mar, el agua nos llegaba a las rodillas. Entonces un golpe de agua lo mandó al fondo, no muy lejos de mí. Yo sumergía los brazos para recuperarlo, pero no lo encontraba. Metía la cabeza en el agua: tenía que estar cerca, pero no lo veía; lo buscaba braceando en la nada, tomaba aire de nuevo, me sumergía. Pasaban los segundos y no daba con él. El agua era oscura, casi negra, no podía ver nada. Quizá lo había alejado la corriente. La desesperación empezaba a atenazarme. Emergí para respirar, aterrorizado por el tiempo perdido, por la desorientación. Dondequiera que estuviese, sólo yo podía salvarlo...

Despertar no me trajo ningún alivio. Me sentía empequeñecido por el terror, empapado de culpa: mía era la responsabilidad de cuidarlo y ahora Benito estaba muerto; que durmiera plácidamente en la habitación de al lado no cambiaba nada. Cuando el sol se coló de nuevo por la ventana devolviendo algo de color al ropero abierto —hasta entonces, una boca negra—, yo seguía temblando. Sigo temblando ahora. Desde entonces, cierro el ropero por las noches. Por si acaso.

Mis hermanas siempre me parecieron un incordio, pero Elena, la pequeña, era sagaz y sensible. No necesitaba a nadie, no se hacía notar. No se quejaba de nada y, sin hacerse presente, jamás sobraba. Andresa era más ruidosa, más mandona. Más quejica y convencional. Con el tiempo aprendió a hablar cuando tocaba; acabó de maestra en Crespos, un pueblo de Ávila; habría preferido casarse, pero, esperando al príncipe azul, se le pasaron mil pajes. Las dos iban a las Josefinas, recitaban la tabla de multiplicar, se sabían los afluentes del Ebro. Yo me sabía los reyes godos, y, los que no, me los inventaba. Me inventé a un rey que se llamaba Deudovico.

Deudovico era un rey muy bueno y muy valiente que había matado a su padre con razón. Montado en un dragón alado, combatía con honor a los de Tarragona y guardaba un tesoro en la torre del castillo. (A veces me entretenía dibujando las batallas y Elena añadía lanzas, aferrada a su cera azul, su favorita). Deudovico tenía tres mujeres: Merovea, Goviscinta y Maricarmen Casas. Las quería mucho a las tres y les compraba lo que querían. Tuvo treinta y tres hijos y los mandó a la guerra a los treinta y tres para que no hicieran ruido en casa. Como murieran todos de uno en uno, tuvo otros treinta y tres, a quienes mandó a guerrear de nuevo. Esta vez iban de otra manera. Deudovico era también inventor. Había inventado la pólvora y había inventado el agua. Había inventado el

tenedor y había hecho un acueducto que sacaba el agua del laboratorio real y la llevaba a los valles. Así nacían los ríos. Los pescadores de los valles se ponían muy contentos, porque nunca habían pescado nada.

Mis hermanas prestaban mucha atención a mis historias, casi tanta como Benito. «Lo que sabe Jaime», decían. Y luego se iban a jugar dando saltitos.

A veces los hermanos nos sentábamos y hablábamos de serpientes. Si estaban en casa, también mis padres participaban. Podíamos pasar horas y horas describiendo las cobras rey, las mambas negras, las cabeza de cobre, las boas, las cascabel, las serpientes de coral del este, las pitones birmanas, las de liga, las anacondas, las mocasín de agua. Inventábamos peleas tremebundas entre serpientes y ratas, peleas con águilas, con zorros, peleas con más serpientes. Cuando hablábamos de aquel modo, hasta nuestro cuerpo culebreaba, los seis de rodillas en el suelo, acercando los rostros unos a otros, con los brazos pegados al cuerpo, asibilando al hablar, con los ojos bien abiertos. Mi madre describía el proceso digestivo de la pitón al merendarse un caimán: seis días de digestión, dos horas de detalles. Cuando las serpientes paraban el tiempo, el servicio no quería saber nada: como por arte de magia, desaparecía de la sala.

Mis padres trataban muy bien al servicio, sobre todo a las criadas, que a mí me parecían tontas y simples. A veces nos robaban algo y a mis padres les parecía bien con tal de que de verdad lo necesitaran; para mí era inconcebible, me indignaba, pero mis padres creían firmemente en la caridad cristiana y estaban encantados de que hubiera pobres, para poder practicarla. «¿Quién, idiota, cuidaría de los pobres si no nos fuera bien?», me decía mi madre.

Los mendigos, claro está, nos esperaban a la salida de misa. A veces había que correr hasta el coche, aunque no nevara, tantos eran. Mi padre tuvo uno de los primeros coches que hubo en Salamanca, uno de esos Köhler alemanes impulsados con el pensamiento que tuvieron que dejar de fabricar porque, fuera de Alemania, la mayoría de la gente no pensaba. Mis hermanos se concentraban y el coche adquiría velocidades de vértigo. (A mí siempre se me dispensaba). A veces fallaba algo y empujábamos entre todos. O mandábamos a algún criado a por un estudiante de filosofía, para que por lo menos lo arrancara.

No fueron años felices, pero fueron ordenados y apacibles, no nos faltaba de nada. El mundo era un lugar pequeño, se sabía cuáles eran las cosas importantes. Y si no, se le preguntaba a algún mayor y te lo aclaraba.

### 3

Cuando murió mi madre se hizo un gran silencio en la casa, nadie se lo esperaba. Llevaba tiempo avisando: «Cada vez me cuesta más regresar al cuerpo», decía. «Cada vez tengo menos ganas».

Mi madre contaba que se salía del cuerpo por las noches, cuando mi padre dormía. Y que luego se paseaba por la casa. Decía que, gracias a Dios, nunca veía a nadie, que siempre estaba sola, como si el mundo se vaciara. Nunca le hablé de mis fantasmas. Nos contaba que a veces viajaba. Que había estado en la India y que no le había gustado: «Está todo sucio y huele como a pimentón», decía. A veces entraba en la casa de los vecinos y se enteraba de cosas. Abría los cajones, revolvía la cocina. Una vez se trajo una cuchara preciosa con la empuñadura de nácar, se despertó en la cama con ella en la mano, muy contenta. «Voy a usarla mucho», decía. «Para la mermelada». También había estado en Madrid. Había visitado Londres. «Por encima». A Pontevedra no iba. «Es lejos». Pero casi siempre se quedaba en casa, sentada en el butacón del despacho de mi padre, que nunca le dejaba usarlo de día.

Mi madre decía que podía cruzar las paredes, pero que casi nunca lo hacía, sólo si tenía mucha prisa, si sonaba el despertador y se había quedado dormida en el despacho, por ejemplo. Entonces se lanzaba contra la pared de los cuadros de caza, recorría el pasillo entero sin mover apenas los pies y atravesaba el tapiz de damasco hasta su dormitorio, para caer en su propio cuerpo haciendo ondear las sábanas. (A veces se lanzaba boca abajo y tenía que recolocarse a toda prisa, ya dentro del cuerpo, antes de abrir los ojos). Mi padre, acostumbrado a sus rarezas, sólo se quejaba de un olor extraño. Como a naranjas.

Mi madre se murió de noche. Cuando mi padre se despertó, ella ya no respiraba.

Mi padre se puso muy triste, estuvo inconsolable mucho tiempo. Ese día se aferró a su mano muerta y no dejó que nadie entrara en el cuarto. A veces oíamos ruidos, como de cajones que se abrían y cerraban. A veces gritaba. A veces hablaba con ella entre sollozos. Una vez nos pareció que ella le contestaba.

Benito se sentó en el suelo, junto a la puerta, al fondo del pasillo, como si hiciera guardia, no permitía que nadie lo apartara de allí; a la hora del almuerzo, las criadas le dejaban la comida en el suelo, en una bandeja.

Mis hermanas no sabían qué hacer. Elena lloraba y Andresita le decía que no pasaba nada. Elena se quedaba dormida y luego cambiaban el turno y consolaba ella a Andresa. A veces salían del cuarto y pedían leche con galletas.

Yo escrutaba con recelo el butacón del despacho, sobre todo por las noches, tratando de ver algo. Me giraba de modo que el asiento quedara a la izquierda, pero nunca vi nada. Estuve vigilándolo varias semanas.

A la mañana siguiente, mi padre salió del cuarto. Se quedó mirando a Benito. «Ya está», le dijo. Benito asintió sin entender mucho. Mi padre nos pidió que abriéramos las ventanas.

El día del entierro, mi padre ya no lloraba. Se movía despacito, como si cada gesto le supusiera un gran esfuerzo, tardaba en reaccionar cuando le hablaban. Me agaché junto a Benito: «Ahora te vas a enterar de lo que vale un peine», le dije. No sé por qué.

Ya en el cementerio, un amigo de mi padre me dio una azucena para que la tirara al hoyo antes de que lo taparan. Debió de parecerle un gesto tierno. Mi hermano se abrazó a mi pierna, hundiendo la cara en el muslo. Le di a Andresita la flor, para que la tirara ella.

Cuando acabó todo, no sabía qué hacer, no sabía si tenía que esperar o qué, nos fuimos cuando se fue el cura. Hubo que dejar el coche allí mismo, a la entrada del cementerio, no había manera de moverlo: Elena trataba de concentrarse, pero el coche iba a tirones y mi padre no colaboraba, no sé cómo pudimos llegar allí siquiera.

En el vagar de vuelta, mi padre nos sentó en una terraza del Campo de San Francisco. Con un hilo de voz, pidió helados para todos. El suyo se derretía en la copa (mi padre lo miraba sin verlo). Mis hermanos se comían los suyos en silencio, todos vestiditos de negro.

Elena balanceaba las piernecitas en la silla metálica. Andresita sorbía el chocolate y luego las lágrimas. Yo era el mayor, tenía catorce años. Me tomé mi copa de un trago, para no disfrutarla.

Empecé a imitar la postura de mi padre, el modo en que presidía la mesa a la hora de comer. Alzaba la barbilla. Asentía con indolencia. Benito me miraba fascinado. Elenita metía la cuchara en el helado de mi padre.

A veces, algún matrimonio conocido pasaba por delante: ellas ponían cara de tristeza, ellos levantaban el sombrero. Yo alzaba el mentón y luego lo inclinaba un poco; mi padre miraba el hueco que había dejado el dulce, ahora en manos de Elena.

Al cruzar la Plaza Mayor, mi padre parecía un reo rodeado de guardianitos. Ya en casa, se encerró en su cuarto.

Ocupé su sitio en la mesa. No permití que nadie conversara, cenamos en completo silencio. Más tarde escuché cómo Benito hablaba con Andresita en el pasillo. «Te vas a enterar de lo que vale un peine», le decía.

Esa noche mi padre abrió la puerta de mi cuarto. Se quedó un rato allí, con el rostro fijo en mí (me incorporé sin decir nada). Él me miraba, yo le miraba. Parecía una aparición; ceniza, parecía. Sus ojos eran cuencas, su boca un agujero. Cuando se fue, sentí que se iba el frío.

Un poco más tarde, llegó mi madre, que parecía más viva que él. «¿Necesitas algo, madre?», le dije. Ella no me veía, porque no podía o porque no quería. Miraba alrededor, como buscando algo. «Madre, ¿puedo ayudarle?». Se acercó al armario, ingrávida, y trató de abrir la puerta. El asa se escurría entre sus



manos transparentes. Cuando iba a levantarme para ayudarla, se coló enterita a través de la madera. Esperé unos minutos, por si aparecía de nuevo. Volví a conciliar el sueño. No sentí miedo.

Esa noche soñé que me convertía en un monstruo enorme que aplastaba las fruterías de la Rúa. Me movía muy despacio, por el peso, pero me daba igual la gente. Una niña pequeña de pelo de trigo me tendió la mano y me hizo así sentir cobarde y avergonzado. Me entraron ganas de llorar. La niña se dio la vuelta, yo la seguí.

Por la mañana, abrí el ropero, convencido de que olería a naranjas, o por lo menos a tabaco. Olía como siempre, a naftalina y lavanda.